

# JORGE JAVIER VÁZQUEZ

Antes del  
olvido



Jorge Javier Vázquez

ANTES DEL OLVIDO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jorge Javier Vázquez, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Iconografía: Grupo Planeta

Primera edición: noviembre de 2022  
Depósito legal: B. 18.565-2022  
ISBN: 978-84-08-26440-8  
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.  
Impresión: Rotoprint  
Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# Índice

<i>Nota del autor</i> .....	11
<i>¿Y ahora qué se hace?</i> .....	13
1. Terapia .....	23
2. Deudas saldadas .....	39
3. La palabra maldita .....	63
 <i>Hola, Mila</i> .....	 111
4. Instagram y gelatina .....	125
5. Todo un disparate .....	135
6. Rojos y maricones .....	161
 <i>Ha pasado un año, Mila</i> .....	 183
7. Días muertos .....	205

8. La familia .....	223
9. Rocío .....	231
<i>Has cumplido setenta, Mila</i> .....	249
10. El otro Jorge Javier .....	263
11. Antes del olvido .....	279
<i>Hasta siempre, Mila</i> .....	301
<i>Dramatis personae</i> .....	313

¿Y ahora qué se hace?

Hoy he ido a mi psicóloga y le he dicho que no tengo ganas de nada. Que estoy inmerso en un tedio existencial exasperante. Vamos, que me aburro como una mona. No es el típico aburrimiento del niño caprichoso, ya me gustaría. No son esas «penas de señorito» a las que hacía referencia Mila cuando le contaba alguna de mis desgracias.

Me siento emocionalmente muerto. «Yermo», que diría Federico García Lorca. Cuando me pongo trágica no me gana ni el Centro Dramático Nacional.

No recuerdo cuándo fue la última vez que lloré. De lo que sí tengo constancia es de que, cuando lo hice, fue poquito, unas lagrimitas de nada. No uno de esos llantos a raudales que te dejan emocionalmente fresco, como un polo de limón. Iba a poner como el rocío de la mañana, pero me ha sonado demasiado a canción de la Jurado.

Que no se me olvide que tengo que quedar un día con Rociíto, que siempre la veo entre plató y plató, y es la mejor recomendándome medicamentos, sobre todo cuando tengo problemas de garganta. Así que yo, en vez de ir al médico, la llamo y le digo: «Rociíto —se lo digo aposta, con cariño—, que me pasa esto, ¿qué me tomo?». Y entonces ella, según sea mi dolencia, me receta alguno de los remedios que se tomaba su madre. Puede sonar negligente, pero yo sé que en estos casos nadie me va a atender mejor que Rociíto, ni siquiera el médico. Me apetece verla fuera de los focos y saber cómo ha digerido el terremoto emocional que supuso la emisión de su docuserie, pero esa es una historia para más adelante...

Mi psicóloga se llama Silvia. La de ahora, quiero decir, porque tampoco es la primera. Acudí a ella tras una resaca descomunal y lo primero que me dijo fue que, dado el estado emocional en el que me encontraba, debía dejar de consumir.

—¿Dejar... dejar? —le pregunté yo, porque era mejor asegurarme que volverme abstemio en balde—. ¿Del todo? ¿Ni una copa de vino?

—Ni una copa de vino.

Silvia no es una psicóloga cualquiera. Es la directora de un centro de adicciones. A lo largo de mi vida me he preguntado muchas veces si era alcohólico. Acudí a varios profesionales para que me endosaran la etiqueta, pero no supieron darme una respuesta clara. O me la dieron y no

quise escucharla. Uno de ellos me propuso que estuviera un año sin beber. Y yo le dije que si me iba de vacaciones ni se me pasaba por la cabeza estar a aguas.

—Pues cuando te quitan el consumo y tú te revuelves y no te ves con fuerzas para cumplirlo, tenemos un problema —sentenció.

Otro me dijo que lo mío era muy complicado porque mi consumo no afectaba ni a mis relaciones, ni a mi trabajo, ni a mi economía, que estaba muy asociado al ocio.

—Ojalá te pegues cuatro juergas seguidas bien pegadas y acabes tan harto que digas: «Hasta aquí».

No sucedió.

¿Por qué quería esta vez dejar el alcohol de una manera más seria, más consciente? Porque estaba atravesando un momento de mi vida en el que me generaba tristeza y me colocaba en situaciones que, aunque me divertían, psicológicamente no eran sanas para mí. Y un buen día, después de esa resaca descomunal, llamé a un centro de adicciones que encontré por internet. El que me ofreció más confianza. Tengo que confesar que también lo escogí porque estaba en la misma calle en la que se encontraba el piso donde me despedí de Mila. Su última casa. Programé una cita para esa misma tarde y cuando me preguntaron el nombre di el mío, claro. Cuando aparecí en el centro, Silvia me confesó que pensaba que era una broma. Que no se creía que el que había llamado era yo. Y le pareció muy positivo que me presentara en el centro por mi propio pie,



no empujado por ningún familiar. Mi instinto de supervivencia ya me ha salvado más de una vez a lo largo de mi vida. Y a pesar de ser una persona popular, jamás me ha dado vergüenza pedir ayuda en situaciones similares.

En realidad, yo cada vez bebo menos y me sienta peor. Las borracheras ya no tienen la gracia de años atrás y, además, al día siguiente casi no me acuerdo de lo que he hecho. Es entonces cuando se activa el «modo reconstrucción». Contactar con personas que estuvieron conmigo durante la borrachera para preguntarles si metí la pata en algún momento. Ese proceso suele incluir numerosas llamadas y repetir varias veces la pregunta: «Pero ¿de verdad no tengo nada de lo que arrepentirme?». Finaliza tras haber digerido con mayor o menor fortuna un inquietante complejo de culpa. No me gusta. No me compensa.

Como ya he dicho, hace muchos años que me pregunto si acaso no seré adicto al alcohol. Fue Silvia quien me explicó que uno no es *adicto a algo*, sino que, si lo es, uno es simplemente adicto. Y punto.

—¿Y yo lo soy? ¿Soy adicto? —le pregunté.

—Mira, Jorge, después de estos últimos años que estamos pasando todos, después de la pandemia... Todo esto está provocando auténticos descabros emocionales en la gente. No te sé decir, así sin más, si eres adicto o no. Es la primera pregunta que muchos de vosotros me hacéis al llegar al centro. Necesitaría que hiciéramos terapia.

Y tal como me lo pintó, yo acepté, claro.

—Está bien. Estoy cansado. Quiero dejarlo todo.

Los lectores de mis libros anteriores tal vez se hayan dado cuenta de que esta es una historia que tengo metida en la cabeza desde hace años, no es la primera vez que lo digo. Pero es algo que les pasa también a los médicos, a los abogados, a los panaderos y al noventa y nueve por ciento de la gente de mi edad: cincuenta y dos. Llegado a este punto, uno se pregunta si la vida que está viviendo es la que realmente quiere vivir.

Como decía, lo mío no va a ser más original por salir en la tele. No. Pensar en la huida es el pan nuestro de cada día, el de todos. Y más después de una pandemia. No es la intención de este libro ofrecer respuestas, de ninguna clase, así que, si después de leerlo obtienes alguna, eso ya es cosa tuya. Y, de paso, te agradecería que la compartieras conmigo. Gracias de antemano.

A estas alturas de vida, *Sálvame* cumple más años de existencia de los que algunos quieren recordar, pero lo hace con unas audiencias inquietantes. ¿Y qué son *audiencias inquietantes*? Pues malas, se entiende. Sé que muchos están deseando nuestra muerte televisiva, y será solo por eso, por dar por saco a esos agoreros, pero es que me entran ganas de revolverme y empeñarme en que duremos eternamente. Tal vez lo logremos o tal vez nos encierren en un frenopático, cualquiera de los dos escenarios me parece igual de plausible.

Por otro lado, desde que me separé de P. —hace ya más de cuatro años— no ha aparecido nadie que me haga ni un poco de gracia. Pero ni la más mínima.

Además, he sufrido un ictus que me ha recordado que, durante mucho tiempo, me he cuidado menos de lo que debiera. A veces me entran remordimientos de niño chico por haberme portado mal, aunque, según todas las revisiones que me hago, por ahora mi cabeza está en orden. Al menos, técnicamente. De lo demás, ya si eso, sigue leyendo y juzga tú.

Después de *Desmontando a Séneca* —mi última experiencia teatral— no me han quedado ganas de volver a los escenarios. Creo que todavía no me he recuperado de esa amarga sensación de fracaso que supone enfrentarte al público y ver que más de la mitad de las butacas están vacías. Ya abundaré en ello más adelante. Tras una accidentada pero exitosa gira —la pandemia provocaba cambios de fechas cada dos por tres— estrenamos en Madrid. Durante dos meses me limité a comprobar cómo iba perdiendo la autoestima a chorros, y no fui capaz de encontrar ningún tapón emocional que detuviera la hemorragia. Finalizamos los dos meses salvando los muebles —más de lo que la gente cree, aunque yo juegue con la idea de que fue un fracaso porque es un recurso al que le saco mucho partido— y con mi dignidad evaporada. Y eso que como actor estaba inmenso, que me lo dijo la mismísima Santa Teresa de Jesús. Bueno, Concha Velasco, que vino a verme el penúltimo día

de la temporada. Fue algo que viví con muchísima emoción.

Follo menos de lo que me gustaría. Es que me cuesta mucho follar si no estoy ligeramente achispado. Igual podría follar sobrio por las mañanas, nada más despertarme, porque es una hora a la que estoy especialmente cachondo, pero no sucede desde hace tiempo. Si no lo has deducido, ya te digo yo que ahí el problema radica en que hace muchísimo que no duermo acompañado. La verdad es que tengo muchas ganas, tanto de lo uno como de lo otro. Ya basta de ir de empoderado y autosuficiente por la vida: lo que yo necesito son mimos y suciedad. Estoy cansado de que mis sábanas amanezcan cada mañana limpias como un jaspe. Pero otras veces pienso que no quiero que la persona que esté a mi lado tenga que soportar mis ronquidos o que yo tenga que escuchar esos pedos que se escapan de una manera inconsciente. O la visión de ese pene encogido recién levantado, que uno no siempre salta de la cama en perfecto estado de revista. Para que una relación tenga aire me parece fundamental lo de las dos habitaciones y reunirse en una de ellas cuando verdaderamente apetezca y no por imperativo legal.

Llegados a este punto de la lectura, uno podría pensar que mi vida no merece la pena ser vivida. Tampoco es eso. Lo que pasa es que, como he dicho, me aburro mucho.

Ayer estuve con Charo Vega y me confesó que le pasa lo mismo. Para la gente de mi generación, Charo es la

amiga bellísima que aparece en muchas fotografías junto a Carmina Ordóñez y Lolita, siempre en un tercer plano. Para los jóvenes, en cambio, Charo Vega es esa señora mayor que ha estado en *Supervivientes*, la que tiene un nieto muy simpático que se llama Manu y que es gitano y gay.

—Es que la *sanidad* es muy aburrida —silabea con ese acento de pija desencantada que a mí me hace tanta gracia.

Ella, que estuvo en la López Ibor porque se le fue la mano con la cocaína, cuando dice *sanidad* a lo que se refiere en realidad es a la vida sana.

—Pues sí, Charo —le respondo yo con movimientos acompasados de cabeza, como de persona mayor que le da la razón a la otra.

—Es que me aburro mucho, Jorge.

—Toma, y yo también, Charo. Y perdona que te diga, pero yo tengo como doce años menos que tú, así que lo mío es más grave. Y además follo muy poco.

—Ay, pues yo a tu edad ese tema lo llevaba muy bien.

¿Habrás cosa que me joda más? Una cosa es follar poco, y otra muy distinta es que el de enfrente te diga que a los cincuenta se hartaba.

—¿Y de dónde los sacabas? —pregunto yo, corroído de envidia.

—Pues de la López Ibor —responde con total naturalidad.

—Joder. Va a haber que ingresarse.

—Habría que —coincide ella—. Y ya de paso nos llevamos a una amiga nuestra a la que seguro que le irá muy bien. Que celebre allí su cumpleaños y se coma las uvas, como me las comí yo un año, en una habitación con mi hija y mis nietos. Aunque yo estaba tan empastillada que no sé ni cómo me entraron los polvorones.

Y los dos venga a reír.

Porque cuando empiezas a valorar que la López Ibor puede ser una solución a alguno de tus problemas, es que algo va mal en tu vida. O tal vez es porque estás tan sumamente aburrido que hasta ingresarte te parece divertido.

Con todo esto, más que para un libro, siento que tengo para veinte. Algo no va bien. Y por si eso fuera poco, se me ha muerto Mila.

Se me ha muerto Mila, y por su culpa, su grandísima culpa, he pasado un año «*pa* descambiarlo», que diría ella.

¿Y ahora qué se hace?